El Enigma Capitalista

1977.- 2008.-

CRISIS PROVOCADAS
POR LA FINANZA

Joaquín Bochaca

EDICIONES BAUSP.
Apartado de Correos 14010, Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-85156-30-7

Dep. Legal.B.5.272/77

PRÓLOGO

Salvador Borrego E.

Una interminable fila de famosos economistas han venido creando términos crípticos y sofismas para que el gran público no entienda lo que en verdad ocurre en el campo de la Economía.

El objeto de oscurecer los fenómenos económicos, en vez de aclararlos, es precisamente que el gran público no perciba las trapacerías que se conciben y se realizan en su contra.

Frente a eso, Joaquín Bochaca tiene el don de descubrir lo falso o capcioso y de ponerlo en claro. Traduce o descifra lo que se oculta en esotéricas y rebuscadas explicaciones.

> "El gran éxito de los butafumeiros del Sistema —dice Bochaca— ha consistido en hacer creer a las gentes sencillas, e incluso a las que se suponen miembros de las élites, que la Economía es una ciencia abstrusa, asequible sólo a los privilegiados cerebros de sus exégetas, patentados y homologados por el propio Sistema."

La baja del poder adquisitivo —que tanto golpea al mundo actualmente, en el año 2008—; la Inflación, la Deflación, que como tenazas empobrecen por los dos lados al consumidor, y otros

muchos fenómenos económicos, son explicados en este libro con luz meridiana y sencillo lenguaje.

¿Quién no sufre actualmente los zarpazos del llamado crédito bancario?... Pues bien, Bochaca lo expone en forma hasta divertida, sin perder veracidad y precisión.

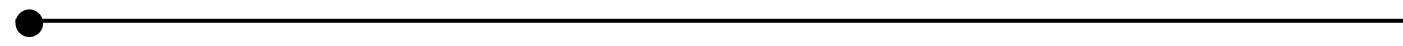
Lo que un voluminoso Tratado de Economía de 986 páginas, de Paul y de William Samuelson, enreda todo, "**El Enigma Capitalista**" lo aclara y lo pone en su lugar.

Ya el eminente economista John Kenneth Galbraith (ex director del Sistema de Control de Precios en Estados Unidos durante la segunda guerra mundial) decía que en el tema de la economía no existe ninguna idea que no pueda ser expresada en lenguaje común y corriente. Y agregaba: "La oscuridad que caracteriza a la prosa

> económica profesional no deriva de la dificultad del tema; es sólo consecuencia de un pensamiento no del todo madurado, o bien, refleja el deseo de elevarse por encima del vulgo."

Y también podríamos agregar que obedece a la idea deliberada de ocultar —en muchos casos— la verdad de diversos fenómenos económicos que dañan a la sociedad, en beneficio de élites financieras.

El objeto de la máquina es la producción,
y el de ésta el Consumo.



La moneda es un instrumento de medida y cambio;
no una mercancía.



La Riqueza de una Nación reside en el Trabajo
y la Cultura de sus habitantes.

(Perogrullo, el Olvidado)

LA MISERIA EN LA ABUNDANCIA

La gran paradoja de la actual crisis económica —que debiera en realidad adjetivarse financiera— es que los hombres no pueden adquirir los bienes que efectivamente han producido. En otras palabras, podríamos decir que nos encontramos en una situación de pobreza en medio de la superproducción. Si consiguiera anclarse firmemente esta idea en los cerebros de las gentes, se habría dado el paso decisivo en el camino de la solución del problema. Sería, en verdad, el primer paso, el paso esencial, el demostrativo de que toda la llamada "ciencia económica" no es más que el fárrago pretencioso y vacuo de un enjambre de payasos, llamados economistas, subvencionados las más de las veces —directa o indirectamente, a sabiendas o, más a menudo, sin saberlo— por los beneficiarios de la demencial situación que padece el mundo.

Es evidentísimo, que si Occidente ha logrado producir bienes y está en condiciones de suministrar servicios, unos y otros cubriendo con creces sus actuales necesidades, debiera atravesar un período de bienestar sin parangón en toda su historia. ¿Por qué los bienes producidos no encuentran comprador? La respuesta salta a la vista. Porque los consumidores no están en disposición de comprarlos. Se traduce científicamente esta situación diciendo que el poder adquisitivo de los hombres ha disminuído en todas partes.

Si alguien niega este empobrecimiento en medio de la abundancia observemos algunos hechos notorios y ejemplares. Por un lado vemos que en Francia e Italia se obtiene de la Agricultura —que es la rama económica que menos ha progresado en cifras absolutas— un 35 por ciento más de rendimiento que hace cuarenta años [1]. En la Industria, el incesante progreso técnico permite producir más, a una cadencia cada vez más rápida [2]. A pesar de las huelgas, de las guerras, de la pérdida de las colonias y del caos social, estos

---

[1] Encyclopedia Britannica. Britannica Book of the Year, 1967-68-69. William Benton Ed. págs. 453, 452, 442.

[2] La producción italiana de electricidad aumentó en un 15 por ciento en 1968 y en otro 12 por ciento en 1969, que fue un año particularmente "social" (66 días de huelga). Ibid. Id. 1970,pag. 429.

dos países han —como mínimo— doblado su producción industrial en los últimos cuarenta años. Más cerca estaría de la verdad decir que la han triplicado, pero no existen prácticamente fuentes dignas de total crédito por la polución de sus aguas con la baja política en el sentido más peyorativo de la palabra. Por el otro lado vemos que la población francesa, en ese lapso de tiempo, apenas ha aumentado en un cinco por ciento y la italiana en un 9 %. La simple aritmética demuestra que esos dos países deberían atravesar una era de prosperidad económica sin precedentes en toda su historia.

Por otra parte, observamos que a pesar de ser Italia el país con mayor número de emigrantes de toda Europa Occidental, hay, a mediados de 1976, más de un millón y medio de parados y cerca de un millón en Francia. La cifra debe haber sido rebasada también en España, y ello a pesar de no existir el despido libre y de que los mastodontes fabriles del Instituto Nacional de Industria, deficitarios por definición —como toda empresa estatal, desde la RENFE hasta el último koljhoz ucraniano— absorben una masa laboral importante, cuyo salario político pagará, a la postre, en forma de impuestos, el Pueblo.

Que millones de trabajadores, en toda Europa, al quedar sin trabajo, se queden sin salario —o reciban la limosna del subsidio contra el paro, lo que equivale a traspasar a toda la nación el fardo de los parados— es una consecuencia lógica de causa a efecto. "La crisis es causa del paro", exclamarán unos economistas dirigiéndose, muy serios, al público, en un lado de la pista." ¡No! Estáis equivocados. "El paro es causa de la crisis", responderán, con la seriedad de los buenos profesionales circenses, otros economistas. La tradición exige que las discusiones de payasos terminen arrojándose pasteles de crema a la cabeza, mientras jóvenes y mayores dilatan los pulmones y liberan sus buenas dosis de adrenalina. Por desgracia, en el prosaico mundo económico-financiero, estas académicas discusiones son el preludio de contiendas trágicamente reales y serias, en las cuales el viejo dilema producción-consumo es superado con sencillez, mientras los consumidores consumen toda la producción en forma de obuses.

ECONOMÍA ORGÁNICA

La Economía es una manera de pensar, como lo son la moral, la estética, la ética, la política. Cada una de esas formas de pensamiento aisla una parte de la totalidad del mundo y la reivindica para sí. La Moral distingue entre bien y mal; la Estética entre belleza y fealdad: la Economía entre útil e inútil, y, en su última fase puramente comercial entre beneficiario y deficitario [1].

Hemos aludido a la Política, la cual divide a los hombres en amigos y enemigos. Considerando el cuerpo político como un todo orgánico, no cabe la menor duda de que la Economía forma parte de la Política. Una parte subordinada, en su totalidad, al conjunto político. La Economía es al todo político lo que el sistema digestivo es a la totalidad de un ser orgánico [2]. Y sí, conforme se asciende en la escala orgánica, desde el vegetal hasta el ser humano, pasando por el animal, menos importancia tiene, relativamente —insistimos en esa relatividad— el sistema digestivo, tal importancia desciende aún más al llegar al ser orgánico superior por excelencia, la Gran Cultura. Es, entonces, entre sus órganos constitutivos, un "ultimus inter pares" y su función, aún siendo vital, es la menos noble de todas. Hecha esta salvedad, consideramos imprescindible insistir en el hecho de que igual que un individuo puede morir a causa de una parálisis intestinal que, a su vez, provoque una peritonitis, también una Gran Cultura, y "a fortiori", una nación puede enfermar gravemente e incluso perecer —desaparecer— a causa del caos creado por una enfermedad económica mal diagnosticada y, en consecuencia, inadecuadamente tratada. Y no creemos que el espectáculo actual de la miseria en medio de la abundancia permita duda alguna sobre el hecho de la enfermedad de la Economía Occidental. Enfermedad, además, degenerativa, pues del sistema digestivo ha pasado a esparcerse por todo el cuerpo del organismo, incluyendo su cerebro, pues algo debe funcionar mal en éste si admite sin rebeldía situaciones que repugnan al simple buen sentido, como la destruc-

---

[1] Francis Parker Yockey: "Imperium", pág. 127

[2] J. Bochaca: "La Finanza y el Poder", pág. 45.

ción deliberada de cosechas para "mantener el curso de los precios agrícolas".

Hemos dicho que la Economía es una parte subordinada al todo político. Un ejemplo más de lo patológico de la actual situación nos lo da el hecho de que lo contrario se tenga por real, es decir, que la Política esté subordinada a la Economía, y que ésta sea el motor de la Historia, absurdo propalado por Marx, pero insólitamente refrendado en diversos grados de sentimiento, por sus enemigos de clase, los llamados "capitalistas" ... aparente paradoja de la que nos ocuparemos más adelante.

ÁMBITO

Vamos a ocuparnos de la Economía del organismo llamado Civilización Occidental, es decir, Europa y sus colonias Culturales esparcidas por el mundo, en una palabra: el Mundo Blanco. Decíamos en una ocasión [1] que "es preciso hacer una distinción entre mundo civilizado y mundo incivilizado, subdesarrollado, subcapaz o como quiera llamársele". Añadíamos que para los subdesarrollados, en las presentes condiciones y para muchos siglos aún, no existía solución para sus problemas económicos, aún contando con recursos fabulosos e inexplotados y con la ayuda, a fondo perdido, que les prestan los Estados Unidos, Europa y las organizaciones mundialistas, y con miras de influencia política, los países del llamado bloque comunista. Lo razonábamos amparándonos en que la Economía estaba subordinada a la Raza —que podíamos calificar como "las señas de identidad del organismo político"—, y concluíamos que "una explotación, industrial o minera, dirigida por ingleses, italianos, alemanes o suecos, tendrá, probablemente éxito, mientras que la misma explotación, dirigida por bantúes, mambaras o nepaleses será un fracaso total". Agravábamos nuestro caso, y consideramos un deber reiterarlo aquí y ahora, al afirmar que el espectáculo de un paria muriéndose de hambre ante una vaca sagrada o de otro indio cualquiera tumbado en un suelo feraz que no se cultiva para

[1] Boletín de CEDADE núm. 24. Junio-Julio 1970.

no arañar a la Madre Tierra y que los dioses no menten en cólera, nos deja completamente indiferentes.

La razón de tal indiferencia es doble: en primer lugar, porque participamos de la anticuada creencia de que antes de solucionar los problemas de los demás, hay que solucionar los propios, máxime cuando los pueblos de color no desperdician oportunidad para recordarnos que ahora son "independientes" [1] y para achacarnos la culpa de todas sus miserias; en segundo lugar, porque la felicidad no puede exportarse. La felicidad, es decir, la propia realización es algo absolutamente personal, tanto a nivel del ser humano como al de una Cultura Superior. Lo que satisface plenamente a un europeo, puede dejar insatisfecho a un japonés, y recíprocamente. Y ya escogemos como ejemplo al extranjero que más cerca se halla, salvando, distancias y niveles, del Occidental. Hemos visto, en África del Sur, a cafres con pendientes en las narices, pilotando rutilantes "Mercedes", vistiendo impecables trajes europeos, y descalzos. Dichos cafres habitan en chozas idénticas a las que pueden verse junto al Aeropuerto de Kinshasa (la antigua Leopoldville), que a su vez deben ser iguales a las que construían sus antepasados mil años ha. Allí donde el blanco impuso, en la época colonial, iglesias, hospitales y carreteras, vuelven rápidamente los hechiceros, los magos y los senderos de cabra. La higiene es consustancial con el europeo: bastante menos con el asiático; a los árabes se les deben imponer, bajo severísimo precepto religioso, las abluciones, y en los barrios y ciudades negras de todo el mundo, bajo climas y circunstancias diversos, desde Johannesburgo hasta Nueva York, y desde Nairobi hasta King's Cross (Sydney, Australia) la suciedad es proverbial, sin que en ello influya para nada la supuesta —y desde luego falsa— pobreza del negro. Finalmente, en vez de tantas estadísticas de niños de color que no pueden comer tanto como quisieran, acompañadas de fotografías esperpénticas y desgarradoras que buscan

---

[1] Naturalmente, se trata de una independencia puramente formal. Basta con tener siquiera una rudimentaria idea de la dinámica del Poder para comprender que la independencia es un hecho y no un derecho plasmado en papel de barba, aunque tal "derecho" lo reconozcan todos los Estados de la ONU. Ahora el Presidente Bingobango, de la República Democrática de Monomotapa, escucha los consejos de Abramovitch, embajador soviético, o de Abrahanson, el embajador americano.

provocar la dirigida compasión del ingenuo ario, convendría que se nos facilitara un estudio, frío y objetivo, acerca de qué han hecho los pueblos mendigos desde que "obtuvieron" —vamos a decirlo así— su sagrada independencia. Porque nada encontramos más grotesco,ni más cínico que esas campañas para aliviar el hambre en la India, mientras el Gobierno de ese país anuncia a bombo y platillo, en la prensa mundial, que ya cuenta con la bomba atómica. Y las plañideras contables del Kremlin, de los innumerables partidos socialistas y de las diversas religiones positivas, que tanto se preocupan de calcular cuántos hospitales podrían construirse en África Negra y cuántos amarillos podrían comer durante seis meses con el dinero que costó uno sólo de los proyectos espaciales, desaprovechan tan excelente ocasión para ilustrar al pacífico Gobierno Indio sobre la cantidad de parias que podrían alimentarse opíparamente con el dinero que les costó su flamante bomba atómica.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En el ámbito de nuestra Economía Occidental, la presente crisis se resume en los siguientes puntos:

a) En el mundo civilizado hay suficientes materias primas, mano de obra especializada, peonaje y conocimientos científicos suficientes para satisfacer abundantemente las necesidades de sus habitantes.

b) La pobreza y la escasez existen porque la gente no tiene bastante dinero para comprar los bienes producidos por la industria y la agricultura modernas a un precio atrayente para los productores.

c) Cuando a uno le falta algo de cualquier cosa, el más obvio remedio consiste en crearlo, y no supone ninguna dificultad física crear más dinero.

d) La inflación, consistente en que haya más dinero que mercancías, es evidentemente, una calamidad, pero el aumento paulatino de dinero y mercancías de manera que el poder adquisitivo de aquél se mantenga al mismo nivel que la producción y los precios permanezcan estables no tiene nada que ver con la inflación y es, a fin de cuentas, lo que necesitamos.

e) La maquinaria y el uso de los recursos de la Naturaleza limitan, cada vez más, la necesidad del trabajo humano, mientras que incrementan la producción de riquezas, en bienes y servicios. Por consiguiente, las personas desplazadas del trabajo remunerado por la maquinaria deben recibir el suficiente dinero para poder comprar lo producido por las máquinas que les han desplazado de su trabajo. Este dinero, claro es, no debe ser extraído del bolsillo de otras personas, aunque se haga por el invisible medio de los impuestos, pues entonces lo único que haremos será robar a unos para pagar a otros y nuestra sociedad está ya suficientemente desarrollada para no tener necesidad de jugar a Dick Turpin; no debemos permitir que los parados sean una carga para los que trabajan ni tampoco considerar que las máquinas son una maldición cuando debieran ser, al contrario, la bendición de la Humanidad al liberarla de muchas horas de trabajo y permitir a los hombres dedicar esas horas a actividades culturales o al tiempo libre creativo, en jardinería, deportes, excursionismo, estudio, etc.

Y esto es todo. Este es el problema. That is the question. Y si queremos solucionar el problema planteado en los cinco precedentes puntos, que resumen el Ser o No Ser de la Economía Occidental, debemos preguntarnos, con Shakespeare, qué es mejor para el espíritu: ¿sufrir los flechazos de la insultante fortuna, o tomar las armas contra un piélago de calamidades y vencerlas? Porque el célebre monólogo hamletiano se aplica a la presente situación Occidental, en el plano político que, por definición, es total, luego también económico. ¿Qué debemos hacer? ¿Aceptar la explicación de los economistas clásicos que pretenden que los ciclos de prosperidad y miseria deben sucederse los unos a los otros en virtud de una misteriosa ley económica? O bien, mejor, ¿tomar las armas del sentido común para enfrentarse al piélago de calamidades económicas que nos depara el Gran Parásito, y vencerlas? Formular así el dilema equivale a resolverlo. Tomemos, pues, las armas del sentido común y hagamosle frente.

Casi todos se imaginan que para comprender nuestro sistema monetario es preciso poseer un cerebro superdotado y un don especial para las matemáticas. Nada más alejado de la verdad; es la ingeniería, no la finanza, quien requiere el dominio de las Altas Matemáticas; para comprender el funcionamiento de la moderna fi-

nanza lo único que se precisa es enfocar el problema sin prejuicios; ver las cosas como son, y no como nos dicen que debieran ser; usar lo que los ingleses llaman "common sense" y los franceses "bon sens" y que podríamos traducir, aproximadamente, al castellano, por sentido común, y emplear el viejo, pero siempre actual, sistema filosófico de la escuela tomista, la "reducción al absurdo", que consiste en rechazar toda conclusión, por lógicas que pudieran parecer sus premisas, si tal conclusión conduce a un absurdo, como lo es, por ejemplo, que el todo sea menor que sus partes, que, al mismo tiempo, dos sólidos puedan ocupar el mismo espacio... o que, como pretenden los augures de la moderna economía, lo que debe hacerse para proteger a la Agricultura es quemar sus cosechas.

LA MÁQUINA

Hasta mediados del siglo XVIII, la Agricultura y la Industria se basaban, primordialmente en el poder muscular de caballos y bueyes, y en el muscular y cerebral del hombre. Pero a principios de 1765, un escocés, James Watt, ideó la máquina de vapor, que fue acoplada al mecanismo de un telar de algodón. Acababa de empezar la revolución industrial. Por los resultados de la misma se demuestra hasta la saciedad, sin lugar para el menor resquicio de duda, que el punto *a)* que mencionábamos en el anterior epígrafe, es rotundamente cierto, porque, en efecto, en el mundo civilizado hay suficientes materias primas para satisfacer las necesidades de sus habitantes, y esas materias primas han sido desarrolladas y puestas al abasto del hombre gracias al concurso de la máquina.

Es necesario hacer un inciso. En el citado punto *a)*, aparte de las materias primas, se trata de otros factores, tales como mano de obra y conocimientos cietíficos. De ello hablaremos más adelante. Circunscribámonos, de momento, a las primeras materias, desarrolladas por la máquina.

Una vez puesta en el disparadero del éxito, ya nada pudo mediatizar el proceso de la máquina. La ciencia se convirtió en su aliada, y los asombrosos descubrimientos se fueron sucediendo, y ya no sólo en el campo del vapor, sino en el de la energía hidráulica,

la electricidad, la química, los nuevos combustibles, especialmente carbón y petróleo, los gases industriales, etc. Vino luego el uso de la energía atómica, y hacia 1938 en Alemania empezaron las primeras tentativas para explotar el manantial de todo poder: la energía solar, investigaciones que fueron interrumpidas con la guerra y han vuelto a tomar auge en Francia. Hogaño, con sólo dos siglos de inventos y desarrollo, la máquina domina en el mundo. Sus asombrosas realizaciones han hecho del hombre el Señor de la Tierra, y al pasar de una época de escasez —antes de Watt— a una de abundancia —después de Watt— han modificado totalmente el planteamiento de la Economía, aún cuando los sumos sacerdotes de esta "ciencia" sigan aferrados a unos dogmas que eran, tal vez, válidos para tiempos pretéritos —en que una mala cosecha a causa de la sequía o de la plaga de la langosta ponía a un país al borde del colapso— pero que resultan ridículamente desfasados en nuestros tiempos.

Sabemos que en 1935, en los países de Europa (exceptuando, naturalmente Rusia y Turquía), en Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda y Australia, la máquina había puesto a disposición del hombre algo más de mil millones de Caballos de Vapor [(1)]. En la actualidad, y pese al sabotaje político y social a que se ha visto sometida, hemos sobrepasado los tres mil millones [(2)] y eso que la energía atómica, la radioactividad, la energía solar y la energía de las mareas están aún lejos de haber dicho su última palabra.

El Premio Nobel británico, Profesor Soddy, calculaba, en 1935, que sólo 4.000 hombres, provistos de maquinaria moderna —repetimos, maquinaria de hace cuarenta años— podían recoger toda la cosecha de trigo de Estados Unidos [(3)]. Precisemos que Estados Unidos es el segundo productor potencial de trigo en todo el mundo, pero que gracias al admirable sistema socialista implantado en Ucrania, ha pasado a un indiscutible primer lugar y aún se permite el discutible lujo político de vender a bajo precio, y a plazos, sus excedentes de trigo a la URSS, cuya producción es apenas superior a la de Europa Occidental.

[(1)] Frederick Soddy: "Citadel of Chaos", pág. 88.

[(2)] Britannica Book of the Year 1969, págs. 356-362.

[(3)] Frederick Soddy: "Citadel of Chaos", pág. 93.

Una incubadora australiana, con una capacidad de 1.100.000 huevos, incuba 6.600.000 pollitos al año por medio de la electricidad [1]. La plaga de la filoxera, que en 1846 arruinó la cosecha de patatas de Silesia y el Palatinado, puede ser eliminada, actualmente, por dos aviones equipados con gas venenoso, en un par de horas, como máximo [2].

Los ingleses, en 1925, y los alemanes, en 1934, descubrieron sendos sistemas para la fabricación de nitratos sintéticos, los cuales, aparte de resultar mucho más baratos que los naturales —que en todo caso, eran insuficientes para nuestras necesidades y debían irse a buscar a Chile— obtenían rendimientos netamente superiores.

En 1933, en Alemania se inventó una máquina para fabricar bombillas que permitía a la conocida firma Osram abastecer todo el mercado en pocas semanas [3].

El autor inglés Colbourne cita un ejemplo revelador que, hacemos notar, se refiere al año... ¡1930!: "La población mundial en 1930 es de unos 2,000 millones de personas. En el mismo año (según Mr. Donald Ferguson, del Departamento de Estadística, de la Asociación Inglesa de Electricidad y Manufacturas Reunidas) "la capacidad total de la maquinaria era de 390 millones de Caballos (esta cifra excluye los automóviles). Así pues, el mundo, aparte de sus automóviles, tenía una maquinaria equivalente a 3,900 millones de hombres robustos. Es decir, que por cada unidad consumidora hay dos unidades no consumidoras" [4]. Repetimos, estos datos se refieren al año 1930, pero, como ya hemos visto, en 1939, es decir, sólo nueve años después, en el Mundo Blanco —que entonces representaba las cuatro quintas partes de la potencia industrial del mundo entero [5]— se había llegado a los mil millones de Caballos, lo que, para una población de unos seiscientos millones de habitantes, representaba que para cada unidad consumidora había, en vísperas de

---

(1) Stuart Chase: "Men and Machines", pág. 47.

(2) Maurice Colbourne: "Nacionalismo Económico", pág. 49.

(3) Maurice Colbourne: "La Economía Nueva", pág. 47.

(4) A.N. Field: "The truth about the Slump", pág. 65. Colbourne Ibid. id. pág. 45

(5) Hector Leslie Gannt: "The Gannt System", pág. 59.

la Segunda Guerra Mundial, dieciséis unidades no consumidoras, en el Mundo Occidental. En tales condiciones, pretender —como lo han hecho, con milagroso cinismo, los budas economistas adeptos del dios Marx— que la Gran Guerra estalló por razones económicas es algo que debiera impulsar al sindicato de artistas de circo a querellarse contra dichos economistas por intruismo profesional y competencial desleal. Ahora bien, si se substituyera la palabra "económicas" por "financieras" ya se hallarían en el camino de la Verdad, pero ya saben muy bien tales budas que dicho camino, a ellos, les está vedado.

¿Problemas económicos en Occidente, cuando las fábricas Ford, en Estados Unidos, construyen, en promedio, un coche cada cuatro segundos? ¿Problemas económicos cuando las fábricas Bayer, en Alemania, pueden abastecer, también en promedio, su rico mercado interior en dos meses y dedicar el resto del tiempo a trabajar para los mercados exteriores? ¿Problemas económicos cuando la Agricultura de Alemania Federal produce lo mismo que la Alemania real —la de 1939— con una extensión reducida en un 40 por ciento y una población en un 30 por ciento?

No. Hablar de problemas económicos no tiene sentido en la época actual. Precisamente la vida cotidiana no tiene sentido en la época actual. Precisamente la vida cotidiana está llena de ejemplos, estadísticas y datos que demuestran que, aún sin haber llegado a su estado de madurez, a pesar de los sabotajes que, bajo cien mil formas le imponen nuestros infaustos politicastros, la máquina está en disposición de abastecer a Occidente y, si insisten nuestros lacrimógenos mundialistas, a toda la Humanidad, en todas sus necesidades vitales y aun secundarias, al ciento por uno.

EL "MANPOWER"

En el punto *a)* del epígrafe referido al Planteamiento del Problema, aludíamos no sólo a las materias primas, sino también a la mano de obra especializada, al peonaje y a los conocimientos científicos "suficientes para satisfacer abundantemente las necesidades de sus habitantes".

El trabajo humano, englobando al de investigadores, ejecutivos, obreros cualificados y sin cualificar recibe, en Inglaterra y América, el nombre genérico de "Manpower" —poder, o potencia del hombre— que nos parece mucho más descriptivo que las perífrasis que usamos en castellano para denominar, conjuntamente a trabajadores manuales, técnicos, capataces y ejecutivos.

Según datos oficiales, entresacados de publicaciones de las Naciones Unidas, mientras la población de los países occidentales aumentaba en un 14 por ciento, su "manpower" se incrementaba en un 6 por ciento [(1)], en el período 1940-1970. En el mismo lapso de tiempo, su producción alimenticia subía, en valores absolutos, un 21 por ciento [(2)].

En cambio, la producción de artículos industriales y de servicios casi se triplicaba. Es imposible conocer datos exactos, y únicamente pueden obtenerse aproximados, basándose en referencias parciales y comparativas. En todo caso, también aquí la simple aritmética acude en apoyo de la tesis de que la mano de obra, especializada o no y la producción, han aumentado más, en valores absolutos y relativos, que la población total de Occidente. De todo ello se deduce la misma conclusión que se obtuvo al analizar la incidencia de la Máquina en la Economía de Occidente, es decir, que éste debería atravesar por un período de bienestar económico, más aún, de verdadera opulencia, sin paralelo en toda su Historia.

Esto, en cuanto se refiere a la mano de obra, cuantitativamente hablando. Porque, en términos cualitativos, también nuestro "manpower" ha experimentado un progreso notable. El número, per cápita, de técnicos y obreros cualificados, en el peor de los casos, —Inglaterra, Italia— es el mismo de hace treinta años [(3)] pero es preciso tener muy en cuenta que en los años cuarenta, Inglaterra tenía a su cargo un enorme Imperio, circunstancia que, desgraciadamente para ella y para Europa, ya no se da en la actualidad. Con respecto a Alemania nos ha sido imposible encontrar datos compa-

---

[(1)] Encyclopoedia Britannica: Tomo XXII. Pág. 795.

[(2)] Ibid. Id. Tomo XXII. Pág. 797.

[(3)] Encyclopoedia Britannica. Britannica Book of the Year 1969-70. pág. 328.

rativos, pero el progreso es innegable y contrastado en Francia y España, e incluso en Estados Unidos. En ciertos países occidentales, como Canadá, el aumento de mano de obra cualificada ha sido espectacular, del orden del cien por cien [(1)].

LA BAJA DEL PODER ADQUISITIVO

A pesar, pues, de los maravillosos progresos del maquinismo y de los adelantos, cuantitativos y cualitativos de nuestro "manpower", nos encontramos en plena crisis, para emplear el término consagrado. Esta crisis —y todas las que la precedieron— presenta la sorprendente característica de que la abundancia general de todo lo que es necesario para la vida de los hombres coincide con una miseria general. Tal vez la expresión "miseria" pueda parecer excesiva. No nos lo parecerá tanto si nos paramos a considerar que una gran parte de nuestros conciudadanos —en toda Europa— viven, como vulgarmente se dice, "a salto de mata", entrampados hasta las cejas y siempre en la espera temerosa del fin de mes con sus vencimientos de letras, mientras millares de empresas se hallan al borde de la quiebra precisamente porque una cantidad ingente de esas letras no se van a cobrar. Y millones de familias que viven en esa situación de equilibrio inestable van pasando, paulatinamente, a engrosar el ejército de parados... Hay excedentes de todo: de productos agrícolas, de artículos manufacturados, de carbón, de acero, de cemento, de mineral de hierro, de cobre, de estaño, en una palabra: hay demasiado de todo. ¿Por qué, pues, estas riquezas no encuentran comprador? No, ciertamente, por mala voluntad de los compradores, claro es, ya que esas riquezas no pueden ser distribuidas gratuitamente. Y ahí radica el problema: los consumidores no pueden llegar a la producción; no pueden comprar lo que se ha producido. No hay dinero...

¿Por qué no hay dinero? Esta sencilla pregunta tiene dos respuestas, que se complementan la una a la otra. La respuesta inmediata, pero menos decisiva, es la que salta a la vista en seguida:

[(1)] Encyclopoedia Britannica: Britannica Book of the Year 1969-70. pág. 276.

podríamos calificarla de Prostitución de la máquina ante el Trabajo. La realmente decisiva, la más difícil de ver y la que sostiene todo el artificioso andamiaje de la actual Economía la calificaremos de Prostitución de la máquina ante la Finanza. De ellas nos ocuparemos más adelante. Empezaremos por la aparente, pero absurda, antinomia Máquina-Trabajo.

Es un hecho innegable que, en Occidente, gracias a nuestra maquinaria moderna y a las fuerzas de la Naturaleza que han podido ser sometidas al hombre, las riquezas aumentan al mismo tiempo que disminuye el número de trabajadores ocupados en producirlas. Se constata, pues, a la vez, aumento de la producción y aumento del paro. Pero como los parados, por simple definición, son los no retribuídos, dichos parados son substraídos al ejército de consumidores, y las riquezas producidas se amontonan inútilmente, y pronto se hace sentir la necesidad de frenar su fabricación, e incluso de destruirlas.

A esto, los economistas clásicos lo llaman, amablemente, la crisis. Pero no es ninguna crisis. Es simplemente, una revolución. La Revolución Industrial. Revolución que, entre otros, ha producido los siguientes casos ejemplares:

1 hombre, con una máquina excavadora, reemplaza a 25 hombres.

1 hombre, con una máquina cosechadora combinada que siega, carga, hacina y trilla, reemplaza a 18 hombres.

1 hombre, con un telar Ketten para tejido en pieza, reemplaza a 20 hombres.

1 hombre, con un telar Raschel, para cortina contínua, reemplaza a 28 hombres.

1 hombre, con una máquina para hacer cigarrillos, reemplaza a 100 hombres.

1 hombre, con una máquina de hacer botellas, reemplaza a 54 hombres.

1 hombre, ocupándose de una gigantesca computadora que hace 60.000 asientos en el Libro Mayor, registrando en clave